

Los símbolos universales según Mircea Eliade

Luz Elida Vera Hernández

Editorial UNIMAR
Universidad Mariana



Fuente: <http://abapeisa.com/evento/dia-del-arbol/>

La inclinación de Mircea Eliade hacia el estudio de las religiones se remite a su estancia en la India, en donde practicó yoga, y se convirtió en discípulo de un maestro espiritual, yogui y gurú hinduista llamado Swami Sivananda. Fue así como empezó a reflexionar y meditar sobre la dinámica de la religión desde las primeras etapas de la humanidad, además, realizó una aproximación a las creencias cosmológicas de los pueblos ágrafos indoeuropeos. La práctica del yoga lo llevó a complementar los vacíos de su cultura religiosa occidental, logrando una experiencia directa con lo sagrado.

En su obra *Imágenes y Símbolos*, Mircea Eliade es enfático en expresar que muchos historiadores de la religión se dedican a estudiar y analizar una religión en especial, que es tomada como un todo, dejando de lado y restando válidas a aquellas creencias y ritos que se pueden encontrar en otros grupos humanos, entre ellas, se menciona los mitos griegos o egipcios, el mensaje de Buda, las técnicas taoístas o chamánicas, que hacen parte de otras culturas. Por tanto, se critica que no se aborde a fondo el significado de los mitos o prácticas rituales de una determinada comunidad -como sus significaciones y articulaciones-, sino su dedicación al señalamiento de las manifestaciones históricas de un mito o ritual. Eliade expone que un mito reseña acontecimientos que han generado en los

comienzos, en un lapso de tiempo sagrado, este tiempo mítico o sagrado es diferente del tiempo profano -el actual, en el que se desenvuelve la sociedad-, es decir, remite a un espacio de tiempo pasado pero que al ser evocado -narración del mito- invalida simbólicamente el tiempo presente -profano-. El mito se reactualiza con los ritos, es así como por el simple hecho de escuchar un mito o de participar de un rito o de su representación, el hombre olvida su condición profana y logra proyectarlo sobre un plano sobrehumano y sobrehistórico, que permite el acercamiento a una realidad imposible de alcanzar en la cotidianidad del ser (Eliade, 1994); tomemos por ejemplo un caso expresado en la literatura, la tribu de los Machiguengas, que hacen parte de la novela *El Hablador* de Mario Vargas Llosa, en donde los integrantes de esta tribu al asistir al monólogo del Hablador¹, no se marchaban del lugar hasta que el hablador no terminara su intervención, lo cual podía durar varias horas e incluso días. Al ejercer esta actividad ellos olvidaban el tiempo lineal y se proyectaban al tiempo inducido por el orador, en aquellos mitos, relatos o noticias que sabiamente se compartían, en lo cual, transcurría un tiempo indeterminado.

¹ Persona encargada de transmitir los conocimientos de los Machiguengas, contaba historias del presente y del pasado, era un portador de noticias y conocimientos. Asimismo, los habladores son depositarios de los secretos de las familias, saben todas las intimidades de los machiguengas.

En la actualidad, podríamos tomar por caso la representación llevada a cabo en las iglesias católicas, el Jueves Santo con el lavatorio de los pies, que cumple la función de recordar y preservar un ritual y su significado para la comunidad.

Ahora bien, Eliade (1994, p. 40) plantea que “las sociedades arcaicas y tradicionales conciben el mundo como un microcosmos” que limita aquello que se encuentra dentro, de ahí, que para aquellas sociedades sea difícil aceptar lo nuevo, lo ajeno, el otro que es diferente, aquello que para unos es desconocido pero que indudablemente existe, así una práctica determinada y desconocida para las personas que se encuentran fuera de esa cultura, puede ser catalogada como aberrante, pero para quienes conforman ese grupo humano es una parte importante de su arraigo cultural. En esa medida, se puede percibir el peso y el poder que ejercía y que aún sigue ejerciendo el modelo eurocentrista, en donde se comprende al hombre como una unidad y se extinguen las diferencias étnicas (Rodríguez, 2001). Entonces, se puede decir que se promulgaba a toda costa esa unidad, porque en cierta medida las sociedades arcaicas se sentían amenazadas por los otros grupos humanos, puesto que si tomaban fuerza se verían amenazados en cuanto a su existencia y prevalencia en el mundo. Un ejemplo de ello, es la represión que se ha ejercido a ciertos grupos sociales; situación por la cual han pasado la mayoría de culturas indígenas, cuando los investigadores, lingüistas y misioneros intervienen en sus grupos, y es ahí, en donde se producen cambios en sus costumbres, ritos, mitos, generando la hibridación de las culturas.

Es preciso aclarar que Mircea Eliade al abordar el tema de las religiones le da validez a cada una de ellas según su entorno, y en ese orden de ideas, toma unos referentes universales que son constantes en la mayoría de las religiones, por ello, se habla de un simbolismo del centro, puesto que todo microcosmos, toda región habitada tiene “un centro”, es decir, un lugar sagrado, donde lo sagrado se manifiesta en su máxima expresión. Así pues, las culturas que conocen la concepción de las tres regiones cósmicas: Cielo, Tierra, Infierno, el centro es el punto de encuentro. En este punto es importante mencionar, que los hombres que manejan la medicina natural como los chamanes, sacerdotes y héroes logran reestablecer, de modo pasajero y sólo para su propio uso, la comunicación con el cielo (Eliade, 1994).

Entre esos referentes universales encontramos la variante más extendida del “simbolismo del centro”, como: el árbol cósmico, la ascensión, la escalera, el dios ligador, los nudos y las conchas. El árbol cósmico se halla en medio del Universo, y sostiene como un eje los tres mundos. Este árbol es conocido por diferentes culturas pero en cada una de ellas sufre variaciones, por lo general, se conoce como un árbol cuyas raíces se hunden hasta los infiernos y sus ramas se extienden hasta tocar el cielo, pero siempre en contacto con la tierra. En los rituales que se llevan a cabo en las ceremonias religiosas de diferentes grupos humanos los árboles, los postes o el bastón de mando, son como proyectados mágicamente al centro del mundo, un ejemplo que viene a colación es el bastón de mando que siempre llevan consigo aquellas personas que representan autoridad en los grupos indígenas.

La ascensión es representada a través de la escalera, esta tiene un simbolismo amplio, pues hace posible el paso de un modo de ser a otro, o hace posible la comunicación entre el cielo, la tierra y el infierno; la escalera es el puente de comunicación entre estos tres lugares, aspecto que tendría bastante relación con el árbol cósmico. Entonces, el tema importante y de fondo aquí es la ascensión hacia un territorio universal; la escalera y la ascensión son importantes en los ritos y mitos de iniciación como por ejemplo, en los ritos funerarios, cuando el alma traspasa el mundo físico y empieza el camino hacia el espiritual, así pues, la persona que muere inicia otro camino, o los ritos matrimoniales, que dan inicio a otra etapa en la vida de quien así lo elige, y empieza a escalar una especie de logros o metas que se trazan con el inicio de este rito.

En cuanto al simbolismo del dios ligador, Eliade dice que siempre existe una relación entre el plano mágico y la religión, en esa medida, algunos hombres utilizan nudos y amuletos para defenderse de los demonios y los brujos, mientras otros se sienten ligados a Dios y/o a la muerte, puesto que es su fuente de protección. Un ejemplo que nos remite a la realidad son los distintos amuletos que llevan consigo los chamanes, como símbolo de protección.

Por otra parte, las funciones rituales de las conchas en los ritos sagrados, se han desarrollado en tres tipos de ceremonias: agrarias, de iniciación y funerarias. En la primera ceremonia favorece la cosecha, generando abundancia; en la segunda, ceremonia de iniciación como los ritos de la muerte y la resurrección, simbolizan el plano espiritual; y en la tercera ceremonia, las funerarias, las conchas marinas y las ostras implican un “segundo nacimiento”, la renovación para llegar al más allá. Asimismo, las conchas y perlas tienen relación con todos los espacios y situaciones de la vida de los hombres (Eliade, 2004).

En esa medida, el símbolo siempre estará relacionado y alimentado de una situación que se produce en este espacio -la tierra-, un evento, situación u objeto, aunque el imaginario trascienda a otro estado -espiritual-; el símbolo no agota su capacidad significativa, siempre se está conectando con el presente, lo cual hace que se alimente continuamente. El símbolo expresa la existencia más allá de la historia, el aquí y el ahora de la vida, el carácter sagrado y denso del ser en cada instante.

Bibliografía

- Bajtín, M. (1999). *Estética de la creación verbal* (10ma. ed.). Siglo XXI Editores.
- Eliade, M. (1994). *Imágenes y Símbolos*. [Trad. Carmen Castro]. Barcelona: Editorial Planeta-De Agostini, S.A.
- Rodríguez, H. (2001). *Ciencias Humanas y Etnoliteratura. Introducción a la teoría de los Imaginarios Sociales*. San Juan de Pasto: UNARIÑO.
- Vargas, M. (1995). *El hablador* (4ta. ed.). Editorial Seix Barral, S.A.